

Escenarios pospolíticos: negación, exceso, falta y suspensión del antagonismo

Post-Politics Sceneries: Negation, Excess, Lack, and Suspension of Antagonism

Erick Israel Sepúlveda Murillo

Universidad Nacional Autónoma de México, México

Correo electrónico: ericksep91@gmail.com

 ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0062-4417>



Resumen: La discusión acerca de la pospolítica que encontramos en autores como Mouffe, Rancière, Žižek reduce la cuestión a una negación del antagonismo y al diagnóstico del presente político como un triunfo del modelo consensual-liberal. El presente artículo tiene por objetivo desplazar la noción de pospolítica hacia otros horizontes de discusión del pensamiento político contemporáneo. Para ello proponemos el concepto de escenarios pospolíticos en el cual se agrupan diferentes descripciones del mundo donde se plantea la ausencia, posible o actual, de lo político. Con esto se busca llevar la discusión sobre la pospolítica más allá del marco actual que la restringe a un debate con el liberalismo y a las consecuencias del neoliberalismo sobre la imaginación y las prácticas políticas presentes.

Palabras clave: Antagonismo, pospolítica, imaginación política, utopía.

Abstract: The discussion about post-politics that we can find in authors like Mouffe, Rancière and Žižek reduces the problem to a negation of the political and to an understanding of our political present as a triumph of the consensual-liberal model. The aim of this article is to displace the notion of post-politics and to lead it to other horizons of discussion of contemporary political thought. To achieve this aim I propose the concept of “post-political scenarios”, which bundles together different descriptions of the world that posit the absence, possible or actual, of the political. With this I seek to move the post-political discussion beyond the current framework that constrains it to a discussion with liberalism and to the consequences of neoliberalism on present political imagination and practice.

Keywords: Antagonism, Post-Politics, Political Imagination, Utopia.

Fecha de recepción del artículo: 03/03/2022 **Fecha de aceptación del artículo:** 02/10/2022

Para citación de este artículo: Sepúlveda, Erick (2022). Escenarios pospolíticos: negación, exceso, falta y suspensión del antagonismo. *Anacronismo e Irrupción* 12 (23), 226-253.

Introducción

Cuando se intenta caracterizar el estado presente de las sociedades occidentales con frecuencia se las describe mediante términos en los que figura el prefijo pos, entre los que se encuentra el de *pospolítica*. En un sentido amplio, con este concepto se indica que la principal característica de estas sociedades es una negación de la dimensión conflictual de la política y la primacía de un modelo consensual o tecnocrático. Dentro de este modelo las diferencias entre los distintos grupos sociales son interpretadas como problemas administrativos que pueden ser resueltos a través de un manejo adecuado de los recursos disponibles, sin poner en cuestión el marco político-económico vigente.

El término *pospolítica* adquiere relevancia hacia finales del siglo XX con la caída del muro de Berlín, la posterior desintegración de la Unión Soviética y el triunfo de la democracia liberal como modelo hegemónico de organización político-social. El “no hay alternativa” de Margaret Thatcher y la tesis de Francis Fukuyama sobre el fin de la historia son las expresiones más representativas del posicionamiento *pospolítico* que afirma la clausura definitiva de la dimensión antagónica. Diferentes autores (Žižek, 1999; Rancière, 1996; Mouffe, 2007) y obras colectivas (Wilson, 2014; Swyngedouw, 2014) que defienden la primacía de esta dimensión antagónica de lo político se han encargado de definir este concepto, de estudiar los mecanismos de despolitización que operan en el presente y de rebatir los planteamientos fundamentales propios de la *pospolítica*.

Dentro de los esfuerzos por conceptualizar y problematizar la *pospolítica* encontramos diferencias entre ellas. Por ejemplo, para algunos la *pospolítica* es un fenómeno de origen reciente (Mouffe, 2007), mientras que para otros sería una tendencia siempre presente en la historia del pensamiento político (Rancière, 1996). Otra diferencia importante radica en la relación entre democracia y *pospolítica*: para Mouffe (2000) la democracia es el marco simbólico que organiza el antagonismo entre tradiciones políticas antagónicas, por lo que la *pospolítica* constituye un modo de negación del carácter antagónico de la

democracia; en cambio, para Rancière la democracia no organiza, sino que es una forma de irrupción que pone en cuestión el orden establecido y, en ese sentido, la pospolítica constituye una forma contemporánea de odio a la democracia (2006). Otra diferencia importante consiste en la interpretación y centralidad que se otorga a determinadas formas de antagonismos y las posibilidades existentes para salir del régimen pospolítico.¹

No obstante, también encontramos coincidencias que conforman un marco de discusión compartido. Por lo general se entiende a la pospolítica a) como una posición que niega lo político, es decir, el antagonismo como constitutivo del orden social; b) como una manera de describir el presente escenario histórico; c) como un bloqueo o parálisis del pensamiento-imaginación política que impide plantear alternativas al capitalismo. Así, quienes discuten acerca de este tema apuestan por revitalizar el antagonismo y las alternativas de organización social.

El objetivo del presente artículo es desplazar la noción de pospolítica hacia otras posiciones y escenarios presentes en el pensamiento contemporáneo. Para esto introducimos la diferencia entre *posicionamiento frente a lo político* y *escenarios pospolíticos* con la cual enfatizamos que existen diversas posiciones (además de la negación) que derivan en descripciones del mundo presente o futuro donde lo político está ausente de forma definitiva o provisional.

Por un lado, esta distinción atiende la crítica de Emmanuel Biset (2010) a ciertas interpretaciones de la diferencia política (aquella entre lo política y la política) que hacen de ella un dualismo metafísico. Al hacer intervenir el término *posicionamiento frente a lo político* buscamos restituir el carácter ternario de la diferencia ontológica reintroduciendo el lugar de la mediación. Por otro lado, con el concepto de escenarios pospolíticos, inspirado en la reflexión de Renata

¹Žižek resume este punto con las siguientes palabras: “Mientras todo el mundo parece estar de acuerdo en que el régimen capitalista global, pospolítico, liberal-democrático es el régimen del no-acontecimiento, la pregunta acerca de dónde debemos buscar el acontecimiento sigue abierta” (Žižek, 1999: 209 [Traducción propia]).

Tyszczuk, (2021) acerca de la creación de escenarios colectivos, nombramos la diferencia entre modos de ser.

Esta aproximación nos permitirá observar que la relación entre posiciones frente a lo político y escenarios pospolíticos es más compleja de lo que se plantea en la literatura habitual sobre el tema. Ya que en esta última solo se reconoce una posición frente a lo político, la negación y un escenario pospolítico, el presente de las sociedades occidentales definido por el paradigma consensual-administrativo.

En este trabajo proponemos distinguir cuatro posiciones frente a lo político y nos encargamos de explorar los escenarios pospolíticos con los que se conectan. Para ello describiremos en qué consiste cada una de estas posiciones, las características generales de los escenarios pospolíticos que derivan de ellas y ejemplificaremos todo esto mediante diferentes grupos de autores que podrían inscribirse dentro de las distintas posiciones. El itinerario es el siguiente, en primer lugar, revisaremos la pospolítica como negación, la cual define el marco de discusión sobre el tema; en segundo lugar, la pospolítica por exceso de antagonismo; en tercero, la pospolítica por falta de antagonismo y, finalmente, la pospolítica por suspensión del antagonismo en la cual ubicamos un potencial para ir más allá de los límites que la pospolítica impone a la imaginación política.

Pospolítica como negación del antagonismo

El enfoque predominante en la discusión sobre pospolítica es aquel que coloca en el centro de la cuestión la negación de *lo político*. Lo político aquí es entendido como una dimensión ontológica constitutiva de la realidad social que no puede ser erradicada ni cancelada a voluntad. Por lo general, para hablar de lo político se utiliza el concepto de antagonismo como término intercambiable; con esto se enfatiza que lo propio de lo político es la confrontación entre diferentes actores bajo la distinción amigo/enemigo (Schmitt, 2009). Aquí retomamos el término antagonismo en el sentido desarrollado por Ernesto Laclau como la expresión

política de una falla constitutiva en el plano del ser que cumple una función *revelatoria* al mostrar “el carácter en última instancia contingente de toda objetividad” (2000: 35).

En este sentido, la negación de lo político se presenta como una superación del antagonismo encarnado en los grandes conflictos ideológicos que marcaron el curso de la historia y/o como la primacía de un modelo consensual donde el antagonismo es interpretado como una deficiencia menor dentro del mismo. A partir de esta negación el antagonismo aparece como el residuo de un mundo arcaico que ya no existe y que solo produce alteraciones en el curso “normal” de la vida política.

Para diferentes teóricos, como los representantes de la tercera vía, la superación histórica de lo político pareció encontrar su confirmación hacia finales del siglo XX con el repliegue de las izquierdas hacia posiciones cada vez más similares a las de sus adversarios políticos. Tras la caída del Muro de Berlín, la izquierda terminó por “abandonar todo intento de transformar el orden hegemónico actual y aceptar la visión según la cual ‘las sociedades democráticas liberales realmente existentes’ representan el fin de la historia” (Mouffe, 2007: 38-39). Así se impuso en la teoría y práctica política una interpretación marcada por la ausencia de lo político, lugar que rápidamente fue ocupado por la tecnocracia.

Es en este contexto que, como mencionamos antes, el término pospolítica es empleado con una intención crítica para señalar las interpretaciones del presente histórico que no otorgan dentro de ellas un lugar al antagonismo como constitutivo del orden social –por lo que no es común encontrar autores que se identifiquen a sí mismos como defensor de la pospolítica–. Una de las principales críticas de la pospolítica ha sido Chantal Mouffe, cuyo trabajo tomaremos como hilo conductor para adentrarnos en los detalles de esta discusión.

Mouffe, para hacer su crítica a la pospolítica, parte de la distinción teórica entre lo político y la política, la llamada *diferencia política*. Ella define lo político

“como la dimensión de antagonismo [...] constitutiva de las sociedades humanas” y *la política* como “el conjunto de prácticas e instituciones a través de las cuales se crea un determinado orden, organizando la coexistencia humana en el contexto de la conflictividad derivada de lo político” (2007: 16). En sintonía con estas definiciones, se puede decir que la pospolítica no pretende negar el antagonismo en su dimensión empírica, sino en la ontológica. Para Mouffe, el liberalismo, en sus diversas manifestaciones, es la representación más palpable de la pospolítica en tanto afirma la primacía ontológica del consenso y la conflictividad política a nivel empírico es interpretada como una consecuencia de la pluralidad de valores y cosmovisiones:

El liberalismo debe negar el antagonismo, ya que al destacar el momento ineludible de la decisión en el sentido profundo de tener que decidir en un terreno indecible, lo que el antagonismo revela es el límite mismo de todo consenso racional. En tanto el pensamiento liberal adhiere al individualismo y al racionalismo, su negación de lo político en su dimensión antagónica no es entonces una mera omisión empírica, sino una omisión constitutiva (2007: 19).

Para Mouffe no se trata solo de una discusión conceptual acerca de lo que debe entenderse por lo político, sino de las consecuencias que se derivan de dicha negación. El término pospolítica sirve para describir el escenario presente de las sociedades occidentales y para hacer un diagnóstico de sus principales problemas. Mouffe ha detectado dos problemas: a) una incapacidad para pensar políticamente y b) la proliferación de extremismos políticos debido a que diversas demandas no encuentran los canales adecuados para expresarse de una manera institucional. Ambos estarían interrelacionados: la incapacidad de pensar la dimensión antagónica se traduciría en un ejercicio y diseño deficiente de las instituciones democráticas encargadas de canalizar el conflicto político.

Cuando Mouffe se refiere a la incapacidad de pensar políticamente como una consecuencia de la negación de lo político, apunta hacia la imposibilidad de plantear alternativas de organización social, de imaginar otros mundos donde el

antagonismo tenga cabida. El antagonismo es lo que otorga dinamismo a lo social al mantener siempre abierta la posibilidad de su reconfiguración, de revelar su contingencia y las alternativas que no fueron actualizadas y que subyacen bajo las formas sedimentadas de la política. En palabras de Laclau, con el antagonismo estas alternativas regresan “con la inevitabilidad de un retorno de lo reprimido” (2014: 14). Negar lo político, entonces, equivale a negar el cambio. Por consiguiente, podemos afirmar que un escenario pospolítico es uno donde ya no es posible concebir cambio alguno más allá de un cierto estado de cosas.

De lo anterior se explica que, para buena parte de quienes hacen uso del término pospolítica e intervienen en la discusión, uno de los principales intereses sea la imaginación política. Lo que preocupa es la cancelación o el margen tan estrecho que el capitalismo deja a esta facultad, el hecho de que este “ocup[e] sin fisuras el horizonte de lo pensable” (Fisher, 2017: 30). A partir de este diagnóstico las posiciones sobre si es o no posible salir de ahí y las propuestas sobre cómo hacerlo se dividen. No es objeto de este artículo entrar a discutir cada una de ellas, basta tan solo con señalar la línea de continuidad que existe entre ambas discusiones.

En cuanto a los peligros implícitos en el modelo pospolítico, los ejemplos más tangibles, para Mouffe, son la proliferación de extremismos políticos como ciertos nacionalismos y el terrorismo. Al no encontrar los canales para expresar sus demandas se plantean como antagonismos entre posiciones políticas esencializadas donde el enfrentamiento es visto “como una confrontación moral entre el bien y el mal, [donde] el oponente solo puede ser percibido como un enemigo que debe ser destruido” (Mouffe, 2007: 13). Contrario a quienes piensan que el modelo consensual representa una garantía de paz, Mouffe argumenta que la negación de lo político no significa su eliminación (imposible por tratarse de una dimensión constitutiva) y que una de sus consecuencias puede ser el retorno en formas antidemocráticas que ponen en peligro la estabilidad y convivencia

social. Es decir, que lo político, a pesar de su negación, siempre permanecería presente como ausencia que acecha el orden vigente.

En su defensa de lo político, Mouffe reconoce los riesgos implícitos en esta dimensión. Para evitar, por un lado, la posición de la política como antagonismo que se rige por la distinción amigo/enemigo como eje de toda confrontación que, en última instancia, desemboca en la guerra y, por otro lado, la posición pospolítica que niega cualquier lugar al antagonismo reduciendo la política a conflictos de intereses y gestión de recursos, Mouffe propone un modelo agonístico.

En lugar de una negación del antagonismo, Mouffe apuesta por una *sublimación* del mismo que permita superar su tendencia a la destrucción y a la muerte; en el modelo agonístico la victoria/derrota sustituye al paradigma vida/muerte, porque el otro no es entendido como enemigo al que hay que eliminar, sino simplemente como un adversario a vencer en un marco democrático. Esta propuesta de interpretación de lo político es una vía para repensar el diseño y función de la democracia, de tal manera que posibilite la existencia de una pluralidad de posiciones antagónicas que aspiren a convivir democráticamente.² No nos proponemos aquí reconstruir a detalle la propuesta de Mouffe, tan solo subrayar cómo en ella hay un reconocimiento del antagonismo que, sin embargo, lleva a plantear la necesidad de restarle intensidad con la finalidad de evitar la confrontación directa y hacer posible la convivencia social.³

² Como mencionábamos al inicio de este texto, la conceptualización e importancia que se atribuye a la democracia es una de las principales diferencias que existen entre los autores que intervienen en esta discusión. Mientras que para Mouffe y Laclau superar el régimen pospolítico requiere radicalizar la democracia, para Žižek el marco liberal-democrático es una de las principales causas del imperio pospolítico y el proyecto de democracia radical tan solo representa “medidas paliativas para el control del daño dentro del marco capitalista global” (2004: 322).

³ En el modelo agonístico de Mouffe la “dimensión antagónica está siempre presente, es una confrontación real, pero que se desarrolla bajo condiciones reguladas por un conjunto de procedimientos democráticos aceptados por los adversarios” (2007: 28).

En síntesis, la pospolítica ha sido caracterizada a la vez como *una posición* que niega lo político entendido como la dimensión antagónica constitutiva de lo social y como la condición que define *al presente escenario histórico* por la imposibilidad de imaginar un cambio radical en su configuración. Se trata de una noción elaborada con una finalidad crítica que permite ver las limitantes y riesgos implícitos en las prácticas que defienden una visión despolitizada de la sociedad. El término pospolítica, lejos de ser un riesgo en el panorama futuro, describe el presente. Además, existe una zona de debates y preocupaciones a las que esta discusión es cercana, como aquella sobre la imaginación política y la búsqueda de alternativas que el imperio de la pospolítica tanto en el ámbito teórico como práctico estaría obstruyendo.

El esquema general de esta posición y escenario pospolítico es aquel bajo el cual, comúnmente, se discute la pospolítica. La reconstrucción que hemos hecho de sus principales tópicos, terminología y preocupaciones adyacentes operarán como telón de fondo durante la exposición de los otros escenarios pospolíticos de los que nos ocuparemos a continuación.

Pospolítica por exceso de antagonismo

La tesis del escenario pospolítico por exceso de antagonismo puede formularse de la siguiente manera: *el antagonismo llevado hasta sus últimas consecuencias y con los recursos actualmente disponibles puede cancelar definitivamente lo político, acabar con el mundo*. El antagonismo es entendido como un exceso que hay que evitar a toda costa dado que su actualización en toda su intensidad significaría no solo la eliminación del enemigo, sino de la vida como tal. El diagnóstico del que se parte es que las tecnologías de destrucción masiva permiten pensar un antagonismo de tal magnitud que representa un riesgo para la vida en su totalidad. Aquí no estamos ante una negación de lo político –la discusión no parte de la superación histórica de los grandes conflictos ideológicos–, sino ante una posición de pleno reconocimiento y afirmación del antagonismo como posibilidad siempre presente

cuya consecuencia última es un escenario pospolítico que coincide con el fin del mundo.

Para esta posición el paradigma del antagonismo es la guerra nuclear que podría finalizar en un “holocausto” o “apocalipsis nuclear”. En este punto el concepto de antagonismo entendido como revelación de la contingencia entra en una zona de indistinción con el de apocalipsis. Pues cabe recordar que en su sentido etimológico apocalipsis significa revelación, mientras que en su acepción moderna remite al fin del mundo. En otras palabras: la guerra nuclear *es* el antagonismo. La posibilidad siempre latente del fin del mundo. Tras un antagonismo de este tipo ningún otro sería posible. En el escenario pospolítico que se desprende de esta comprensión y posición frente a lo político este último solo permanecería como marca de destrucción, pero ya no como posibilidad, su cancelación sería definitiva en tanto las condiciones necesarias para la vida humana en particular o la vida en general habrían desaparecido.

Lo político no es interpretado como antagonismo en abstracto, ni como una instancia trascendental, sino a partir del presente y los recursos disponibles. El conflicto ideológico es desplazado del centro del debate por la capacidad de destrucción de un potencial enfrentamiento nuclear; cuando el resultado de un enfrentamiento es el fin del mundo, la cuestión ideológica pasa a ser secundaria. Podemos decir que en este caso el escenario pospolítico no es producto de su negación ideológica que declara el fin de los antagonismos, de lo que se trata es de un escenario pospolítico en un sentido material como anulación de las condiciones de posibilidad de lo político como consecuencia de su realización.

Esta nueva dimensión que el antagonismo ha adquirido determina por completo la comprensión del mundo político en su conjunto. El antagonismo como exceso (la guerra nuclear) está siempre operando en el trasfondo de toda discusión sobre el mundo y la política. En esta concepción de lo político la contingencia del mundo es llevada hasta sus últimas consecuencias. Ya no se

trata de que tal o cual sistema o institución política sean contingentes, la guerra nuclear pone en evidencia que el mundo lo es.

Para esta posición, entonces, todo conflicto político que no haga uso de la bomba atómica representa una sublimación del antagonismo. Así, lo serían tanto las contiendas democrático-electoral, como las llamadas “guerras de baja intensidad”, donde no se despliega todo el potencial armamentístico disponible, sino que se imponen autolimitaciones con la finalidad de acabar con objetivos precisos (como pueden ser personas, edificios, etc.). No obstante, todas estas formas sublimadas de antagonismo están marcadas por la posibilidad de escalar hasta su forma más excesiva. El fantasma de la guerra nuclear sobrevuela cada antagonismo. Es decir, hay una sobredeterminación de los diversos enfrentamientos por *el* antagonismo encarnado en la guerra nuclear.

Debido a lo anterior, lo fundamental para este paradigma es evitar por todos los medios que la guerra nuclear tenga lugar. La política se ve sustituida por la moral o la ética. Con lo que se introduce el riesgo de recaer en divisiones esencializantes y plantear enemigos absolutos donde la lucha se da en términos de buenos contra malos. Otra posible consecuencia es que, paradójicamente, “hacer política” se reduzca a aplazar el antagonismo capaz de acabar con el mundo, es decir, despolitizar. De ahí que el pacifismo, entendido en un sentido amplio, ocupe un lugar central dentro de la pospolítica por exceso. Se trataría de un pacifismo generalizado debido a que todo conflicto político puede escalar o desencadenar indirectamente el uso de armas atómicas.

Una cuestión más a señalar es que la discusión sobre la imaginación política a la que conduce el debate de la pospolítica por negación no ocupa aquí el mismo lugar en tanto el hecho histórico que representa la posibilidad de este antagonismo ha cancelado ya todo futuro donde no se encuentre presente. La imaginación “política” se reduce a la búsqueda de estrategias capaces de impedir que esa posibilidad se actualice.

Desde cierto punto de vista también puede afirmarse que para esta posición el presente histórico es el de un mundo de tránsito entre un escenario pospolítico hacia otro. Pues en el presente el antagonismo debe ser diferido en todo momento, este diferir puede adquirir tanto la forma de la disuasión nuclear como del pacifismo. Ambos mecanismos, disuasión y pacifismo, son en el fondo estrategias de despolitización detrás de las cuales opera el pleno reconocimiento de lo político como exceso. Del éxito de estas estrategias depende que no lleguemos a ese otro (no) mundo pospolítico donde la guerra nuclear ha reducido todo a la pura supervivencia o en el peor de los casos ha terminado con las condiciones necesarias para la vida. La paradoja aquí es que para evitar un mundo pospolítico hay que mantenernos en otra forma de mundo pospolítico, el del pacifismo y la disuasión nuclear.

Esto hace coincidir a este escenario pospolítico con la temática del fin de la historia, también presente en la pospolítica como negación, solo que desde otro ángulo. El mundo estaría suspendido en un presente eterno donde los diferentes acontecimientos y sucesos no modificarían sustancialmente su configuración actual completamente determinada por la existencia de la bomba atómica y de un antagonismo con una capacidad de destruir el mundo. En este caso, el énfasis no recae en la superación de las ideologías: ellas pueden seguir existiendo, pero su existencia se vuelve secundaria frente al riesgo de un exceso de antagonismo. En otras palabras, la lucha ideológica, sin importar su resultado, no podría llevar la historia más allá de su estadio actual, salvo que ello signifique el fin de la existencia.

Todo lo dicho hasta ahora puede ser ejemplificado a través de los trabajos de Günther Anders, a quien, a pesar de nunca haber utilizado el término pospolítica, es posible ubicar dentro de esta discusión gracias a este primer desplazamiento efectuado sobre dicho concepto. Una de las premisas de los trabajos de Anders es que “resulta falso afirmar que en nuestra situación política también se da la bomba atómica; por el contrario, solo es cierto que la política

tiene lugar dentro de la situación atómica” (2011: 13). La posibilidad de la guerra nuclear es constitutiva del mundo. Toda política está determinada y definida de antemano por la existencia de la bomba atómica, su presencia significa la posibilidad de un antagonismo de una dimensión inimaginable.

Entre la infinidad de consecuencias que se desprenden de esta nueva situación se destaca la relativa al hecho de que la posibilidad de pensar lo político de ningún modo puede significar reproducir la frontera amigo/enemigo; pues tales coordenadas conducen directamente hacia el escenario que se pretende evitar. La única forma sublimada de antagonismo plausible tendría que comprender primero que “[c]ontra lo que luchamos no es contra éste o aquel enemigo que podría ser atacado o eliminado por medios atómicos, sino contra la situación atómica en cuanto tal” (Anders, 2013: 173). De manera similar a la propuesta de Mouffe, quien sugiere sustituir el eje amigo/enemigo por el de adversarios, Anders propone una especie de interiorización del antagonismo contra sus condiciones de posibilidad; o, puesto de forma más específica, contra los creadores de la situación atómica.⁴

Esta situación que surge a partir del siglo XX tiene por consecuencia una captura de la imaginación política.⁵ Cualquier esfuerzo imaginativo sobre el presente se limitaría a imaginar variaciones de nuestro mundo con cambios insustanciales donde ese antagonismo se ha diferido, pero su peligro continúa ahí. Mientras que todo esfuerzo imaginativo orientado hacia el futuro solo tiene por resultado un lugar donde el antagonismo fundamental tuvo lugar y el mundo

⁴ Anders da diferentes nombres a la unión que resultaría de la articulación entre grupos diversos que se oponen a la guerra atómica, en ocasiones se refiere a ellos simplemente como pacifistas, a veces habla de enemigos del apocalipsis y en otras ocasiones de una Internacional de las Generaciones (Anders, 2013).

⁵En Anders el tema de la imaginación es una preocupación constante, él lo plantea principalmente como una brecha “que existe entre lo máximo que podemos producir y lo máximo (vergonzosamente pequeño) que podemos imaginar” (2011: 24), que aplica sobre todo a la bomba atómica. En otro lugar dirá que la diferencia histórica que introduce la bomba atómica en el plano de la imaginación es que “mientras que los utopistas corrientes son incapaces de producir lo que pueden imaginar, nosotros somos incapaces de imaginar lo que estamos produciendo” (Anders, 2013: 175).

tal y como lo conocemos ha dejado de existir. Es decir que el presente queda completamente desconectado del futuro. La situación atómica nos coloca ante un nuevo reto imaginativo sin precedentes: “Lo que tenemos que visualizar actualmente no es el no-siendo de algo particular dentro de un marco de referencia cuya existencia puede darse por sentada, sino la inexistencia de ese marco de referencia mismo, del mundo como totalidad, al menos del mundo en tanto que humanidad” (2013: 175).

Anders se refiere al presente como la “última era”, con esta expresión enfatiza que tras la invención de la bomba atómica resulta imposible pensar otro estadio histórico posterior, como mencionábamos antes, semejante idea equivaldría al fin del tiempo. Por eso define como la principal tarea “política” evitar que *el tiempo final*, es decir nuestro presente, se convierta en *el final del tiempo* (2013: 173). Este aplazamiento infinito es el mejor escenario al que se puede aspirar en la actualidad una vez que la bomba atómica ha definido por completo la realidad.

Aunque esta manera de pensar la política fue predominante durante la segunda mitad del siglo pasado, posteriormente dejó de ocupar ese lugar. Sin embargo, recientemente la cultura popular le ha dado un nuevo impulso a través de diferentes producciones cinematográficas (por ejemplo, la miniserie *Chernobyl* del año 2019 que, a pesar de no tratar de manera directa el tema de una guerra nuclear, ha reactivado el temor del apocalipsis nuclear), a lo que se suman episodios de tensión en el ámbito de la política internacional entre países que cuentan con armas atómicas (como los protagonizados entre Estados Unidos y Corea del norte, o recientemente entre Estados Unidos y Rusia).

Otra versión del antagonismo como exceso está en la guerra biológica que involucra el “uso de organismos vivos o de sus productos para causar daños al enemigo (personas), a sus animales y a sus cosechas” (Estany, 2019: 97). A pesar de que el uso de armas bacteriológicas ha sido una constante a lo largo de la historia (Metcalf, 2002), la posibilidad de una guerra biológica como

desencadenante del fin del mundo ha recibido menor atención por parte de la filosofía política en comparación con la guerra nuclear.⁶ Por lo regular, se ha privilegiado el abordaje ético que cuestiona la producción y utilización de armas biológicas. No obstante, a raíz de la reciente pandemia la discusión sobre el peligro de una guerra bacteriológica ha resurgido.

También cabría agregar que la interpretación del antagonismo como exceso es común a buena parte de la izquierda posmarxista. Para autores como Žižek, Laclau o Mouffe el antagonismo representa tanto la vía para la transformación como un riesgo de destrucción absoluta. Esto se puede apreciar en la teorización que Mouffe hace sobre lo político y en su propuesta agonística como sublimación del antagonismo. En el concepto de agonismo de Mouffe opera el reconocimiento de un exceso constitutivo del antagonismo y en ese sentido constituye un esfuerzo por domesticar su peligrosidad latente.⁷ La diferencia respecto a Anders, es que estos autores no traducen el exceso de antagonismo en términos de guerra nuclear –sin que ello signifique indiferencia o ignorancia ante la cuestión–.

Como observamos, esta posición interpreta el antagonismo como exceso que rebasa las posibilidades de contención del mundo donde acontece, el cual corre el riesgo de desaparecer junto con él. La guerra atómica como paradigma del antagonismo condensa lo político y hace que la política se reduzca a la administración del antagonismo. El único escenario deseable entonces es el

⁶ En la industria cinematográfica, sin embargo, podemos encontrar un sinnúmero de producciones que tienen como tema principal las guerras biológicas y los ataques bioterroristas que amenazan a la especie humana en su conjunto y crean escenarios pospolíticos. El filósofo croata Serćko Horvat en su libro *El discurso del terrorismo* (2017) se ha encargado de examinar este imaginario, así como de estudiar la construcción discursiva sobre el fenómeno del bioterrorismo en el presente político.

⁷En concreto la preocupación por la dimensión excesiva del antagonismo son especialmente evidentes en los comentarios de Mouffe y Laclau a la obra de Schmitt. Ambos comparten con el jurista alemán el temor por la posibilidad de pasar del enfrentamiento entre enemigos reales a aquel otro en términos de enemigos absolutos. Como comenta Laclau a propósito de los riesgos implícitos en este desplazamiento: “El desarrollo de armas nucleares en el presente abre la posibilidad de un tipo de conflicto que declara todo el campo adversarial como criminal, el cual debe ser eliminado por completo” (2005: 6). Así, en buena medida, el trabajo que se plantean filósofos como Mouffe y Laclau consiste en fijar límites al antagonismo, sin pretender en ningún momento su anulación.

aplazamiento indefinido del antagonismo. A diferencia de la posición y escenario pospolítico con el que debate Mouffe, aquí no estamos ante la negación de lo político, sino ante su reconocimiento e identificación como un riesgo que excede todo lo imaginable. Además, es importante señalar que el escenario pospolítico, según el punto de vista que se adopte, puede situarse tanto en el presente como en el futuro. En un caso, como aplazamiento indefinido del antagonismo y, en el otro, como fin del mundo.

En este punto hay una coincidencia parcial con lo planteado en la discusión que reconstruimos en el apartado anterior, y es la cancelación del futuro. Mientras que en la pospolítica como negación del antagonismo la cancelación del futuro es vista como una consecuencia de la hegemonía del capitalismo y sus mecanismos de despolitización, pero que eventualmente puede ser superada, en la pospolítica por exceso, el futuro está cancelado definitivamente. El presente sin conexión alguna con el futuro es una condición irreversible.

Pospolítica por falta de antagonismo

La tesis de esta posición es que *existe un antagonismo que debe ser resuelto antes de determinado tiempo, de otra manera el mundo será irreversiblemente pospolítico*. Según la forma en la que se entienda y defina ese antagonismo fundamental varían las conclusiones acerca del tipo de intervención política que se requiere; también cambia el hecho de si se define el presente como político o no, es decir, si se está aún en un momento oportuno para actuar políticamente o si, por el contrario, tal momento ha pasado ya. Si se considera que aún es momento, el presente es un escenario político –aunque no necesariamente por siempre–; si, en cambio, se piensa que ha pasado el tiempo, el presente es un escenario pospolítico y el mundo se convierte en un problema que administrar hasta su desaparición. En este último caso puede plantearse que las condiciones para dicho antagonismo

han desaparecido para siempre o se ha sufrido una derrota también definitiva que definió el curso del mundo en una dirección.

Como es fácil observar, en esta posición frente a lo político pesa una comprensión de su temporalidad. Hay un punto de no retorno que define un límite a la existencia del antagonismo. Si el antagonismo que se considera fundamental no se resuelve antes de un tiempo límite, la consecuencia será la desaparición definitiva de lo político. Dicha resolución puede ser entendida como la realización de una revolución política o el cambio de un aspecto concreto de lo social que está ocasionando que el mundo se dirija hacia un escenario pospolítico. Que haya o no política depende por completo de esa transformación general o puntual.

Hay, por lo menos, dos formas en las que se expresa todo esto en el pensamiento político contemporáneo. La primera es en el derrotismo de cierto sector de la izquierda pos 1989 y la segunda es en la literatura política sobre el calentamiento climático y sus posibles consecuencias. En el primer caso hay quienes sostienen que tras la caída del Muro de Berlín la revolución comunista sería imposible, el capitalismo habría triunfado y solo quedaría esperar su colapso que nos arrastrará a todos junto con él. En cierta medida esta forma de encarar lo político se asemeja a la interpretación de su superación histórica, solo que sin el tono celebratorio; por el contrario, predomina en ella lo que se ha denominado melancolía de izquierda (Brown, 1999; Traverso, 2017), donde una situación presente marcada por la ausencia o pérdida de las condiciones para su transformación se interpreta como una condición político-ontológica insuperable.

En el segundo caso, el de la literatura política sobre el calentamiento global, en el cual nos centraremos, la cuestión es un tanto más compleja.⁸ Dentro

⁸ La decisión de centrarnos en este segundo caso responde a que en él encontramos una descripción de un escenario pospolítico diferente respecto a los antes expuestos. En cambio, en el primer caso, como comentamos, la estructura de la discusión se asemeja bastante al escenario pospolítico descrito en el apartado dedicado a la negación del antagonismo y, por lo tanto, no aporta nueva información a

de esta discusión existen diversas posiciones sobre la manera de plantear el antagonismo fundamental, también sobre su temporalidad y las consecuencias a corto, mediano y largo plazo. En el debate hay quienes consideran que el tiempo para la resolución del antagonismo ha pasado ya, y lo que resta es mantener ciertos frentes de batalla, luchas puntuales para evitar que la catástrofe medioambiental se precipite. En este sentido, el presente tiende hacia una despolitización en la medida en que el destino del mundo ya está trazado: el inminente colapso ecológico. En cambio, para quienes sostienen que el deterioro del planeta aún no ha atravesado el punto de irreversibilidad, la batalla política todavía es pertinente y el presente se redefine a la luz de este antagonismo.

Al igual que en la pospolítica por exceso, en este caso, la interpretación de lo político en términos de lucha medioambiental transforma radicalmente la comprensión del presente hasta redefinirlo por completo. Si en el caso anterior el presente se entendía como “la Última Era”, aquí es el término *Antropoceno* el que expresa la situación histórica presente marcada por la alteración de las condiciones climáticas a causa de la acción humana. El Antropoceno

es una época en el sentido geológico del término, pero apunta hacia el fin de la "epocalidad" como tal, en lo que concierne a la especie. Aunque haya comenzado con nosotros, muy probablemente terminará sin nosotros: el Antropoceno solo podrá dar lugar a otra época geológica mucho después de que hayamos desaparecido de la faz de la tierra (Danowski & Viveiros de Castro, 2019: 29).

En el escenario que estamos describiendo la transformación del hombre en actor a escala geológica marca un antes y un después en la historia del planeta en general, y en la manera de entender la política, en particular. El Antropoceno, por lo menos para la especie humana, sería insuperable, sólo correspondería prolongarlo, diferir su final.

La vía para prolongar la estadía de la especie humana en la Tierra pasa por antagonizar alrededor de la cuestión del cambio climático, eliminar sus causas en lo expuesto hasta ahora sobre el tema.

todas sus dimensiones, frenar las acciones que lo aceleran, etc. Esto ocasiona que este antagonismo atraviese de una u otra manera a los demás. En palabras de Isabelle Stengers, los diferentes conflictos políticos incluyen “en adelante el calentamiento climático como uno de sus componentes” (2020: 18-19). El resto de luchas políticas se ven sobredeterminadas por el antagonismo fundamental de la lucha ecológica hasta el punto en que la “victoria” de quienes niegan este hecho, o se oponen a tomar las medidas necesarias para cambiar la situación, significaría el fin de la especie humana (en el mediano o largo plazo).

Esta sobredeterminación y redefinición de lo político como lucha contra el cambio climático tiene repercusiones sobre la manera en la que se plantea el antagonismo, ¿Quiénes están involucrados?, ¿En qué consiste dicho antagonismo? Para Stengers, se trata de un ambiguo “nosotros” contra lo que llama “nuestros responsables”, es decir, aquellos que mediante sus macrodecisiones nos han colocado en la situación presente al borde del colapso ecológico. Para ella el antagonismo no consiste en una confrontación directa con los “responsables”, sino en un “hacer balbucear”, poner en cuestión “los hechos”, la seguridad con la que toman sus decisiones sin considerar a profundidad sus consecuencias o ignorándolas cínicamente (Stengers, 2020).

Por su parte, Eduardo Viveiros de Castro y Deborah Danowski redefinen a los involucrados en el antagonismo fundamental bajo las categorías de terrícolas y humanos. Los “humanos son los responsables más inmediatos por el agravamiento creciente de la catástrofe antropogénica y los interesados más directos [...] en la derrota de los terrícolas” (Danowski & Viveiros de Castro, 2019: 186). Terrícolas son todos aquellos actantes no-pertenecientes a la especie *homo sapiens* y algunos individuos de esta última que se oponen a la destrucción de las condiciones que hacen posible su existencia. El antagonismo, que Viveiros de Castro y Danowski llaman la Guerra de Gaia, divide el campo político en estos dos

grupos, por lo que retoma la estructura schmittiana de lo político, pero la extienden hacia la esfera de los existentes no-humanos.⁹

En esta posición la división amigo/enemigo no es negada ni evitada. Por el contrario, es promovida. A menudo se recurre al lenguaje bélico para describir el presente, aunque se trataría de una guerra silenciosa que ocurre, seamos o no conscientes de ello. De ahí la promoción de la división amigo/enemigo y el llamado a tomar un bando; el tiempo así lo exige porque existe un plazo límite, las fechas que anuncian el punto de no retorno son frecuentes en la literatura sobre el tema. Estos pronósticos sobre el colapso ecológico son una expresión de la temporalidad finita con la que se comprende lo político en los autores que participan en esta discusión. En esta posición se expresa una interdependencia entre el mundo y el antagonismo: solo puede haber antagonismo si hay mundo, y solo puede haber mundo si hay antagonismo... y si este se resuelve a favor de su conservación.

El tema de la imaginación reaparece en esta posición, cercano al lugar que ocupa en la pospolítica como negación. Es decir, como necesidad de imaginar estrategias para reactivar lo político y crear alianzas entre diferentes grupos que permitan inclinar la relación de fuerzas a favor del “nosotros” que defiende la causa ecológica. “Hablar del *fin* del mundo es hablar de la necesidad de imaginar, antes que un *nuevo mundo* en el lugar de este mundo presente nuestro, un *nuevo pueblo*; el pueblo que falta” (Danowski & Viveiros de Castro, 2019: 219. Cursivas en el original). O como en el caso de Bruno Latour (2017) donde la imaginación es el recurso para crear estrategias y condiciones de negociaciones de paz que pongan fin a la guerra.

⁹ Esta extensión de lo político por parte de Viveiros de Castro y Danowski tiene como base la recuperación de las ontologías amerindias donde: “toda interacción entre especies [...] es una intriga internacional, una negociación diplomática o una operación de guerra que debe ser conducida con la máxima circunspección. Cosmopolítica” (2019: 134). La frontera humanos/terricolas no es fija, estaría sujeta, por un lado, al tipo de alianzas que se construyan entre existentes no-humanos y terrícolas, y, por otro lado, a la definición que se haga de los humanos.

Resulta fácil apreciar que la pospolítica por exceso y por falta guardan entre sí una serie de similitudes estructurales. En primer lugar, la idea de que existe *un* antagonismo fundamental del cual depende la existencia de los demás antagonismos y, en última instancia, el mundo. En segundo lugar, está la conclusión de que el presente puede ser considerado el último estadio histórico, una variante del fin de la historia. En tercer lugar, un énfasis en que la tarea política que define al presente es la de diferir el fin de este mundo; esta visión catastrofista hace que los recursos discursivos de ambas posiciones se asemejen, abundan las expresiones como “holocausto”, “apocalipsis”, “colapso”, etc. Por último, también está presente una captura de la imaginación que encuentra dificultades para ir más allá del presente inmediato, otro mundo resulta inimaginable, o coincide con imágenes dantescas del fin del mundo.¹⁰

Donde la pospolítica por falta de antagonismo se distingue del anterior escenario es que plantea que no será el exceso de antagonismo lo que puede conducir al mundo hacia su final, sino la falta, el no dar la batalla o perderla. En la anterior posición el acontecimiento con el potencial de poner fin al mundo puede ocurrir en cualquier momento (en la medida que el inicio de una guerra nuclear está siempre presente desde la invención de la bomba atómica). En la posición que estamos exponiendo en este apartado hay una relación distinta con el tiempo. Como mencionamos, es habitual que se indiquen fechas exactas para que el antagonismo sea resuelto a favor de una posición; si el antagonismo no se ha resuelto antes de ese momento sólo queda un escenario pospolítico irreversible. Esto quiere decir: un mundo que ya sólo puede avanzar unidireccional e irremediabilmente hacia su fin.

¹⁰ Estas similitudes pueden tener su origen en el hecho de que como comenta Latour “la gente de mi generación pasó de lo que se conocía como amenaza del ‘holocausto nuclear’ (la bien llamada, con su sigla inglesa, MAD: Destrucción Mutua Asegurada) a la mutación ecológica” (2017: 238), por lo que es posible que los marcos de interpretación y discusión simplemente se hayan trasladado de una cuestión a otra.

Pospolítica por suspensión del antagonismo

Lo que distingue a este escenario pospolítico de los anteriores es que su posición frente a lo político consiste en una *estrategia intelectual* donde el antagonismo queda suspendido. Se trata de una decisión teórica que consiste en suponer, un hacer “como si” el antagonismo hubiera desaparecido, ya sea por un momento o definitivamente. Esta estrategia se emplea con un objetivo: imaginar futuros escenarios sociales alternativos, que se distingan total o parcialmente del presente. En tal ejercicio se parte, en un primer momento, de un reconocimiento de la existencia y presencia de lo político, cuya interpretación puede ser muy diversa. No obstante, en un segundo momento, se procede a suponer su inexistencia.

¿Qué es lo que queda en suspenso en esta operación? En primer lugar, la pregunta por las formas y la resolución del o los antagonismos, según se interprete lo político. En segundo lugar, la pregunta por el tránsito del presente hacia el futuro que se imagina (¿Qué sucedió entre el punto A y B?), o lo que se entiende como el problema de la transición institucional, antropológica, etc., hacia otra forma de organización social. La manera en que se dieron los cambios que hicieron posible otro mundo permanece sin ser planteada a profundidad. Cuestiones como si esto sucedió de manera gradual o súbita, de forma pacífica o violenta, los sujetos que estuvieron involucrados, las estrategias políticas, etc. todo ello queda en suspenso. La suspensión imaginativa de lo político reactiva los mundos posibles, que han quedado ocultos bajo la configuración y sedimentación del presente.

La suspensión de lo político con la finalidad de imaginar escenarios pospolíticos no elimina por completo lo político de los escenarios imaginados. Las marcas de la comprensión del antagonismo permanecen como aquello que ya no está, como una ausencia-presencia. Los escenarios pospolíticos imaginados solo se explican porque una determinada forma de comprender el antagonismo ha sido suprimida de ellos. De ahí la variedad de escenarios pospolíticos que es

posible imaginar, cada uno de los cuales está en una relación particular con una forma de interpretar lo político que se ha puesto en suspenso. La organización social, las relaciones sociales, las instituciones que se planteen solo adquieren sentido a la luz de una comprensión determinada de los antagonismos que ya no están. Entonces, lo que nos revelan estos escenarios pospolíticos son alternativas que el antagonismo (im)posibilita.

Lo anterior marca una diferencia significativa respecto de los escenarios pospolíticos antes expuestos. Esto en tanto que en la pospolítica por exceso y por falta el resultado es siempre el mismo: un mundo donde lo político ha desaparecido para siempre, lo único que puede variar es la causa que abrirá el paso a tal escenario. Por ejemplo, en el caso de la pospolítica por exceso, qué actores desatarán la guerra atómica; en el caso de la pospolítica por falta, cuál de las tendencias actuales dentro del cambio climático desencadenará el fin del mundo. En la pospolítica por suspensión los escenarios son múltiples, como múltiples son las formas de interpretar lo político.

Debido a que lo político no puede ser interpretado de manera unívoca, los escenarios pospolíticos derivados de la suspensión de lo político no se orientan *a priori* en una dirección política determinada. Puede haber escenarios pospolíticos claramente progresistas, como también reaccionarios. Esto es algo que depende en parte del imaginante, aquel que lleva a cabo la suspensión imaginativa de lo político. Como ha observado Judith Butler, en los experimentos mentales no todo queda perfectamente bajo dominio del imaginante a pesar de que es este el que decide llevarlo a cabo. En dicha actividad “[a]lgo está experimentando conmigo en medio de mi experimento; no está del todo bajo mi control” (2021: 85). Esto, añade Butler, puede traer resultados inesperados, incluso contradictorios a los que se deseaba obtener al iniciar la actividad imaginativa.

Insistimos en que la orientación política de los escenarios pospolíticos imaginados es una de las marcas que deja lo político sobre ellos. La suspensión imaginativa puede llegar a crear la ilusión de establecer un grado cero de la

política, no obstante, como señala Fredric Jameson: “No importa cuán exhaustivo y transclasista o posideológico sea el inventario de fallos y defectos de la realidad, la resolución imaginada sigue necesariamente ligada a esta o aquella perspectiva ideológica” (2004: 48).

La posición de suspensión de lo político no se restringe, ni conforma un género unitario y coherente que pueda ser identificado bajo un nombre en específico. Tampoco tiene una forma de exposición predeterminada. Ella se encuentra presente en diversas modalidades de textos, en ocasiones irrumpe en ellas sin previo aviso, no se limita a ocupar un lugar fijo dentro del orden del discurso. Este dinamismo e irrupción repentina de escenarios pospolítico nos dice que no se trata siempre de una estrategia empleada conscientemente, la suspensión puede darse sin que medie una advertencia y ser momentánea, para reintroducir lo político más adelante. No es una operación que se haga de una vez y para siempre. La presencia de esta operación puede ser encontrada en documentos tan diversos como programas de partidos políticos, manifiestos, tratados, utopías, etc. Esto es así porque concebir un mundo distinto al presente o en su formulación más radical “un nuevo mundo” requiere una derrota – aunque sea momentánea– de la posición que niega y obstruye ese otro mundo.

Quizá donde es más evidente la estrategia de suspensión de lo político y los resultados que se obtienen poseen un mayor grado de coherencia es en la utopía. Como ha observado Jameson, “la utopía surge en un momento de suspensión de lo político” (2004: 44). Esto sucede así porque esta estrategia intelectual “nos permite tomarnos libertades mentales hasta ahora inimaginables con estructuras cuya modificación o abolición real difícilmente parece posible” (2004: 46). El compromiso del pensamiento político con cuestiones urgentes del presente inmediato, la ausencia de condiciones y agentes que permitan la superación del estado actual de cosas, hacen que la suspensión de lo político sea un mecanismo necesario para imaginar alternativas políticas.

Uno de los casos más extremos que podemos encontrar dentro de esta posición y que mejor ejemplifica lo que queremos expresar es la tesis de Marcuse sobre el final de la utopía. Con la expresión “el final de la utopía”, el filósofo alemán sintetiza la idea según la cual actualmente es posible una transformación radical de la sociedad entendida como superación de todos los males presentes que la aquejan. En otras palabras: ya no existe la utopía porque todo es posible. Según Marcuse, hoy en día están “técnicamente presentes las fuerzas materiales e intelectuales necesarias para realizar la transformación [de la sociedad actual en una sociedad libre]”; no obstante, la “organización existente de las fuerzas productivas impid[e] su aplicación racional” (1986: 10).

El concepto y la objeción de irrealizable queda obsoleta en tanto se dispone de todo lo necesario para llevar a cabo aquello que hasta hoy había sido considerado utópico en su acepción de imposible. La estrategia que permite a Marcuse arribar a esta conclusión es la suspensión de lo político que para él se concentra en los diferentes mecanismos de homogeneización y represión empleados por el capitalismo. La suspensión imaginativa de lo político equivale en Marcuse a una superación también imaginativa del capitalismo; esto le permite franquear el tránsito del reino de la necesidad al reino de la libertad, para concebir una sociedad donde ha tenido lugar una transformación antropológica que ha colocado a la libertad como la principal necesidad.¹¹ En Marcuse con la suspensión de lo político se revela en la imaginación el reino de la libertad y la negación de lo políticamente imposible. La suspensión de lo político efectuada por Marcuse es de una radicalidad tal que elimina la sinonimia entre utopía e imposible. De hecho, lo imposible social y políticamente queda completamente abolido en este ejercicio de la imaginación.¹²

¹¹“Lo que está en juego es la idea de una nueva antropología, y no sólo en cuanto teoría, sino también como modo de existencia: la génesis y el desarrollo de necesidades vitales de libertad” (Marcuse, 1986: 11).

¹² Marcuse (1986) sostiene que sólo se puede mantener la equivalencia entre utopía e imposible cuando lo que se propone va en contra de las leyes y el conocimiento científico vigente.

Si bien existe una estrecha relación entre suspensión de lo político y utopía como escenario pospolítico, no se puede reducir este mecanismo a la producción de utopías. La suspensión de lo político también opera detrás de propuestas de transformación más modestas que difícilmente podríamos catalogar como utópicas, sobre todo, considerando que se presentan a sí mismas como cambios puntuales y factibles. Aunque ciertamente, como señala Alberto Toscano (2016), debido a los efectos limitantes del realismo político sobre la imaginación política existe, hoy en día, una tendencia a presentar las transformaciones reformistas como una forma de utopía, se trata de una equivalencia que debe ser rechazada.

La posición que acabamos describir, es decir la suspensión de lo político, se distingue en diferentes puntos de las tres anteriores. En primer lugar, ella escapa a la disyuntiva reconocimiento/negación de lo político, opera en una zona gris entre esas alternativas. En segundo lugar, está su orientación hacia el futuro, mientras que en las posiciones y escenarios políticos antes expuestos el presente era un régimen histórico desvinculado por completo de cualquier idea de futuro que no coincidiera con el fin de mundo, aquí a través de la imaginación queda reestablecido el vínculo entre presente y futuro, más allá de las descripciones apocalípticas. La suspensión de lo político se convierte así en una estrategia para repoblar el horizonte de la política que en otras posiciones queda completamente cancelado.

Conclusiones

Los desplazamientos efectuados sobre la noción de pospolítica que hemos llevado a cabo nos han permitido observar cómo a partir de diferentes posicionamientos (negación, exceso, falta y suspensión) e interpretaciones (guerra atómica, calentamiento global, superación del capitalismo) de lo político se arriba a escenarios pospolíticos diversos (apocalipsis nuclear, colapso ecológico, utopía, etc.). De tal manera que, en congruencia con el objetivo planteado en este ensayo,

la discusión sobre pospolítica se ha desplazado para ser colocada en un horizonte que va más allá del debate con el liberalismo y otras posiciones similares que niegan lo político; además esta misma operación ha abierto otras dimensiones de la pospolítica que superan su empleo como herramienta para diagnosticar el presente y estudiar mecanismos de despolitización.

El estudio de la diversidad de posiciones frente a lo político y escenarios pospolíticos constituye una vía privilegiada para adentrarse en el debate actual acerca de la relación entre política e imaginación. Pues, como expusimos, en la presente discusión sobre este tema la imaginación se encuentra con serios obstáculos para plantear alternativas a la configuración político-económico vigente sin que eso signifique alimentar el imaginario del fin del mundo. Como observamos, la estrategia de suspensión de lo político se encuentra en una posición diferente y constituye una oportunidad para imaginar otros escenarios. En este sentido, una reflexión más detenida sobre las diversas modalidades de relación entre pensamiento político e imaginación implícitas en los escenarios pospolíticos que exploramos tendría que arrojar algunas pistas sobre el actual divorcio que existe entre estas dos dimensiones. Por último, una tarea pendiente –y que aquí no hemos encarado– consiste en pensar formas de contaminación entre ambas dimensiones.

Bibliografía

- Anders, Günther. Tesis para la Era Atómica. *Estudios Latinoamericanos*, 44, (2012): 171-184.
- Anders, Günther. *La obsolescencia del hombre*. Vol. 2. Valencia: Pre-Textos, 2011.
- Biset, Emmanuel. Contra la diferencia política. *Pensamiento plural*, 4, (7), (2010): 1-31.
- Brown, Wendy. Left Melancholy. *Boundary 2*, 26, 3 (1999): 19-27.
- Butler, Judith. *La fuerza de la no violencia. Lo ético en lo político*. Buenos Aires: Paidós, 2021.
- Danowski, Deborah y Viveiros de Castro, Eduardo. *¿Hay mundo por venir? Ensayo sobre el miedo y los fines*. Buenos Aires: Caja Negra, 2019.
- Estany, Anna. Biología y guerra: una perspectiva pragmática. *Revista de humanidades de Valparaíso*, (14), (2019): 91-116.

- Fisher, Mark. *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?* Buenos Aires: Caja Negra, 2017.
- Horvat, Srećko. *El discurso del terrorismo*. Pamplona: Katakarak, 2017.
- Jameson, Fredric. La política de la utopía. *New Left Review* 25, (2004): 37-54.
- Laclau, Ernesto. *Nuevas reflexiones sobre la revelación de nuestros tiempos*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2000.
- Laclau, Ernesto. On “Real” and “Absolute” Enemies. *CR: The New Centennial Review*, 5(1), (2005): 1-12.
- Laclau, Ernesto. *Los fundamentos retóricos de la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2014.
- Latour, Bruno. *Cara a cara con el planeta. Una nueva mirada sobre el cambio climático alejada de las posiciones apocalípticas*. Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2017.
- Marcuse, Herbert. *El final de la utopía*. Barcelona: Planeta-Agostini, 1986.
- Metcalf, Neil. A Short History of Biological Warfare. *Medicine, Conflict and Survival*, 18(3), (2002): 271-282.
- Mouffe, Chantal. *The democratic paradox*. Londres: Verso, 2000.
- Mouffe, Chantal. *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Rancière, Jacques. *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Ediciones Nueva visión, 1996.
- Rancière, Jacques. *El odio a la democracia*. Buenos Aires: Amorrortu, 2006.
- Schmitt, Carl. *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza, 2009.
- Stengers, Isabelle. *En tiempos de catástrofes*. Hydra Ediciones, 2020.
- Toscano, Alberto. “After October, Before February: Figures of Dual Power”. *An American Utopia*. Ed. Slavoj Žižek. Londres: Verso, 2016.
- Traverso, Enzo. *Left-wing Melancholia. Marxism, History, Memory*. Estados Unidos: Columbia University Press, 2016.
- Tyszcuk, Renata. Collective scenarios: Speculative improvisations for the Anthropocene. *Futures*, 134, (2021): 1-15.
- Wilson, Japhy y Swyngedouw, Erik. (Eds.). *The post-political and its discontents: Spaces of depoliticisation, spectres of radical politics*. Reino Unido: Edinburgh University Press, 2014: 211-242.
- Žižek, Slavoj. *The Ticklish Subject: The Absent Centre of Political Ontology*. Londres: Verso, 1999.
- Žižek, Slavoj. “Mantener el lugar”. *Contingencia, Hegemonía, Universalidad*. Butler, Judith; Laclau, Ernesto & Žižek, Slavoj. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004.